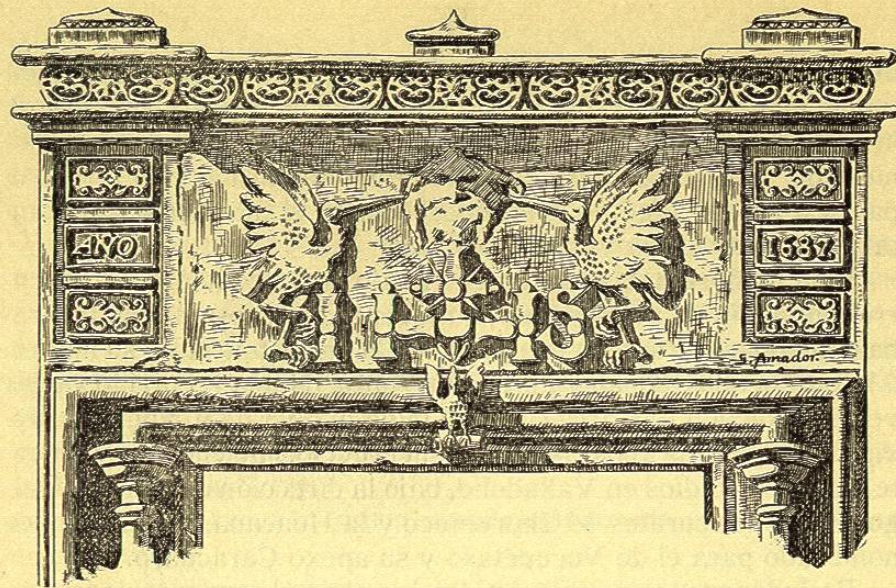


F1232  
.M84  
L65



## CAPÍTULO I.

### EL VELADERO.

¿Conocen ustedes, lectores, el país donde crecen el plátano y el cocotero? ¿donde la frondosa vegetación forma un techo impenetrable en las noches á la luz difusa de la atmósfera? ¿el país de la verde alfombra sobre la que el viento ama jugar? ¿el país de los animales salvajes que amedrentan á ganados y á pastores? ¿la comarca de maderas ricas, de perfumes que embriagan, de pájaros que elevan sus cantos al cielo, y de hombres, hijos de aquellas selvas, que no tienen más ley que su machete al lado? Tales son las inmediaciones de Acapulco. En ellas, á principios de 1811, se hallaba acampado un Ejército. La ciudad se distinguía á lo lejos; el mar extendíase hacia la izquierda, con ese oleaje manso y juguetón de las bahías cerradas; los bosques y montañas llenaban los otros lugares del paisaje, y sobre una de tantas eminencias aparecía un conjunto de pequeñas tiendas de campaña. Una roca colocada cerca de ellas enarbolaba una bandera negra, con una calavera en el centro y esta inscripción en letras blancas: «Paso á la Eternidad.»

¿Quién mandaba aquel Ejército? ¿para qué se había reunido allí? Lo mandaba un hombre de complexión robusta y de color moreno;

ANALES. T. III.—12.



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

de ojos negros, limpios, rasgados y brillantes; de mirada profunda é imponente; de cejas pobladas y unidas; de enérgica expresión. A la hora del combate los ojos de aquel Caudillo relampagueaban siniestros, y su voz adquiría inflexión tonante para animar á las tropas. La prosperidad no le ensoberbecía, ni el infortunio quebrantaba jamás su altiva y digna entereza.

Este hombre había nacido en el bajo pueblo. Su niñez transcurrió en medio de privaciones. Su juventud la consumió en un trabajo corporal y rudo, para proveer á la subsistencia de su madre, á la que siempre consagró infinita ternura. Había recorrido varias veces, dedicado á la arriería, el camino que va de Acapulco á México. A los treinta años entró en el sacerdocio, haciendo previamente algunos estudios en Valladolid, bajo la dirección del Cura Hidalgo. Sirvió los curatos de Churumuco y la Huacana, y fué después nombrado para el de Nucupétaro y su anexo Carácuaro.

En Indaparapeo recibió de Hidalgo el nombramiento de jefe de la insurrección en el Sur. Vuelto á su curato, había armado allí á algunos hombres; atravesó el Mexcala; se le unió en Coahuayutla D. Rafael Valdovinos; engrosó en Zacatula su pequeño Ejército con cincuenta soldados, y recorriendo la costa con dirección al Sudeste, había caído rápidamente sobre Petatlan y Tecpan, de cuyo último punto hizo huir al Capitán de las milicias reales D. Juan Antonio Fuentes.

En Tecpan se incorporaron á sus filas los tres hermanos Galeanas con 700 hombres y un pequeño cañón llamado «El Niño.» La división insurgente había marchado entonces al Veladero, posición que domina á Acapulco, y después de una victoria obtenida contra los realistas, se había establecido fuertemente en aquel lugar. Varios jefes españoles intentaron desalojarla de allí: primero, Fuentes con la guarnición del castillo; después, Paris con fuerzas de Oaxaca; por último, Cosío con tropas de México. Pero Morelos, que así se llamaba aquel General, rechazó constantemente todos los ataques, y por una serie de triunfos llegó á hacerse temible á las autoridades coloniales de Nueva España. Era, como dice un historiador, la pequeña nube que se iba extendiendo por el horizonte, la cual debía descargar pronto una tempestad terrible y violenta.

Un ayudante se presentó anunciando al Capitán Pablo Galeana.

—Que pase, dijo Morelos.

Galeana manifestó que su tío lo enviaba á pedir permiso para entrar en el campo con los amigos de Michapa.

—Que lleguen en hora buena. Y precediendo banda de música, se vió desfilar un grupo de tropas. D. Hermenegildo Galeana y

los Bravos bajaron de los caballos y fueron á saludar al General en Jefe.

—Señor, expuso Galeana, aquí tiene usted á nuestros amigos D. Leonardo y D. Miguel Bravo.

—Sean ustedes bien venidos, señores.

Y Morelos abrazó con verdadero afecto á los recién llegados.

—Este muchacho, expresó D. Leonardo, es mi hijo Nicolás, quien viene también á ponerse á las órdenes de usted.

D. Nicolás Bravo quiso extender los brazos para saludar al Caudillo de la Independencia; pero D. Leonardo se interpuso, diciendo:

—No, hijo mío: tú debes besar la mano del Padre de la Patria y pedirle su bendición.

—Te consagro á la Patria, manifestó Morelos; sé su apoyo y su ornamento.

—Lo procuraré, señor.

—¿Y D. Víctor? añadió el General en Jefe.

—Víctor, repuso D. Leonardo, ha tenido que quedarse por allá, para cuidar de la gente y estar á la mira de Guevara y de Juan Chiquito, encargados de vigilarnos y perseguirnos, como usted sabe.

—¿Y está en Michapa todavía?

—No, señor, donde puede: unas veces estará en Michapa, otras en Amojileca, quizá vaya á Chichihualco de noche; en fin, tiene que andar errante. Pero no hay cuidado. Conoce bien el terreno, y nuestra gente es fiel á toda prueba.

—¿Y como han podido ustedes llegar hasta aquí con tan pocas fuerzas?

—Hemos venido por la Sierra, caminando á veces de noche. Ayer muy tarde llegamos á la Brea, y madrugamos para estar aquí á buena hora.

—Bueno, replicó Morelos, todo ha salido perfectamente. Pero ustedes han andado mucho, deben estar fatigados, y necesitan reposar un poco y tomar alimento. Ya Galeana se encargará de alojar á ustedes. Por de pronto me acompañarán al desayuno.

El Caudillo y los jefes se reunieron alrededor de una estrecha mesa, comenzando una animada conversación sobre los asuntos públicos de aquel tiempo.

—¿Qué saben ustedes de Hidalgo? preguntó Morelos.

—Nada, después de lo de Calderón, respondió D. Leonardo Bravo.

—Estoy inquieto por él, insistió Morelos. Hidalgo es hombre de

talento, pero de corazón demasiado bueno: cree que todos obran lealmente. En Querétaro estuvo á punto de ser víctima de dos traidores, y es raza que con la mala suerte se multiplica.

—¡Qué desgracia la de Calderón!, exclamó Bravo, ¡perderse allí cien mil hombres!

—Nunca he tenido confianza en esas grandes masas sin disciplina, replicó Morelos: prefiero pocos, pero escogidos. Por eso he venido á encerrarme á estas montañas, para dar una organización rigurosamente militar á nuestras tropas, é infundirles, al mismo tiempo que el amor á la Independencia, el espíritu guerrero, sin el cual los ejércitos son impotentes y no saben triunfar. Y hasta ahora parece que voy consiguiendo mi objeto. Las catervas de labriegos que han seguido desde la costa nuestras banderas, forman hoy batallones y regimientos regulares. Los comandantes los van adiestrando en el manejo de las armas y en las maniobras de la batalla. Una sola acción, la del Egido, ha bastado á todos para comprender que el valor se duplica con la educación militar, y desde entonces los días de descanso han sido días de instrucción; los campamentos, campos de maniobras, y las batallas, ensayos de nuestra pericia. Siempre recordaremos estos bosques y estas montañas como la escuela en que hemos aprendido, combatiendo, el arte de la guerra.

En aquel momento llegó un correo con pliegos importantes.

Morelos leyó.

«Gaceta extraordinaria del Gobierno de México del martes 9 de Abril de 1811.—Por extraordinario que acaba de llegar á esta capital, ha recibido el Exmo. Sr. Virrey el oficio siguiente, del Sr. Brigadier D. Félix María Calleja, General en Jefe del Ejército del Rey contra los insurgentes.—Exmo. Sr.: ahora que son las cinco y media de la tarde recibo del Teniente Coronel D. Josef Manuel de Ochoa el siguiente oficio.—Las interesantes y plausibles noticias que en oficios 25 del corriente, dirigidos de la villa de Monclova y firmados por los Sres. Gobernadores D. Simón de Herrera y D. Manuel Salcedo con los demás vocales de que se compone la junta de seguridad de dicha villa, contienen las que copio.—Es muy conveniente me facilite vd. 500 hombres para conducir las presas de 204 insurgentes que aprisionó el Capitán Bustamante con los caudales del Sr. Obispo y algunas bestias, y que con seguridad se conduzcan también los Generales prisioneros Hidalgo, Allende, Abasolo, Aldama, Zapata, Ximénez, Lanzagorta, Aranda, Portugal etc., etc., que se han aprisionado en Acatita de Baján, con todos los atajos que conducían el oro, reales y plata, y mu-

«chos prisioneros que se han hecho con toda su artillería, y son más de 200 hombres de coroneles á baxo, á más de los que tomó el Capitán Bustamante.—En tal concepto he facilitado los 500 hombres de auxilio que se me piden, al cargo del Teniente D. Facundo Melgares, y con el resto de mi Ejército emprendo mi marcha hoy para la hacienda de Pastos, con dirección á la reconquista del Saltillo; lo que participo á V. S. para su inteligencia y satisfacción.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Campo de la Noria con dirección al Saltillo, 28 de Marzo de 1811.—Josef Manuel de Ochoa.—Sr. Brigadier D. Félix María Calleja.»

—No hay duda, agregó Morelos al dejar de leer: el Generalísimo Sr. Hidalgo y sus compañeros de Dolores han sido hechos prisioneros. Debe estar satisfecho el Gobierno Español. Tiene en su poder á los primeros caudillos de la Independencia.

Y poniéndose en pie y paseándose agitado, dijo á sus acompañantes:

—A las tres tendremos junta de guerra.

—¡Pero qué inmensa desgracia! manifestó Bravo. ¡Haber caído el Generalísimo en un lazo tan infame!

—Qué quiere usted, contestó el General en Jefe; la traición tiene eso de terrible, que es silenciosa. Se espera á los leones y á los tigres; pero no se siente á las culebras que se arrastran en la sombra. La traición nos ha de hacer todavía mucho mal; mas no hay remedio contra ella. Sería preciso desconfiar de la humanidad entera, y tal cosa es imposible. Ese Elizondo. . . . no pagará ni con la vida: su nombre debe ser maldito para todo mexicano. . . . Ahora comprendo por qué fueron tantos repiques y salvas en Acapulco hace cuatro días. Es que recibieron la noticia casi al mismo tiempo que nosotros. Su correo tuvo que dar vuelta por la Costa Chica para evitar nuestros campamentos.

—¿Y cree usted, señor, que quiten la vida al Sr. Hidalgo y á los demás?

—Oh! en eso no hay duda. El Gobierno Español no perdona ni perdonará jamás á los insurgentes. Es implacable. Matará al jefe y al soldado. Es un Gobierno de sangre. Comienzan los cadalsos: mañana morirán el Sr. Hidalgo y sus compañeros; después moriremos nosotros; tal vez todos los que emprendemos aquí la lucha. Pero eso sí, la Independencia se hará; esto se halla decretado por el Cielo. Nuestra Patria será libre.

A las tres de la tarde, los dos Bravos, los tres Galeanas, Avila, Valdovinos, Ayala y algunos otros se reunieron bajo la tienda de Morelos.

El Capitán D. Vicente Guerrero esperaba en una tienda inmediata para suministrar informes.

Abrióse la sesión y el General en Jefe tomó la palabra:

—Señores, dijo: tengo que comunicar á ustedes una desgracia muy grande que ha ocurrido; pero que debemos recibir con frente serena, como hemos recibido la noticia de los reveses de Aculco y de Calderón. El Generalísimo Sr. Hidalgo y sus compañeros han caído en poder del enemigo, víctimas de una infame traición. Tal es la guerra: una cadena en que alternativamente ponen sus eslabones la Fortuna y la Desgracia. Nadie puede prever sus azares, y lo prudente es arrostrarlos con la resolución de ser víctimas. Yo me siento hoy más animado que nunca, y mi amor á la libertad se exalta con el deseo de vengar á nuestro venerado Caudillo y de probar al Gobierno Español que las traiciones, las derrotas y los cadalsos, lejos de intimidarnos, nos dan mayores bríos. Deseo, pues, avanzar hacia el centro y hacerlo pronto; hoy mismo, si es posible. Es necesario reanimar con nuestra aparición en las comarcas más próximas á México el espíritu de los que tienen simpatías por nuestra causa, el cual debe encontrarse abatido por este infortunio. Es menester probar á la Nación que la muerte de un caudillo no acaba con los principios que proclamó ni con el pueblo que los defiende. Es preciso hacerle ver que, aunque la estrella de la insurrección palidece en el Norte, todavía sigue brillando en el Sur. Es indispensable interrumpir la alegría que hoy enloquece á nuestros enemigos con nuestro grito de guerra lanzado en medio de ellos, para que sepan que si muere un insurgente hay mil para vengarlo.

—Estamos todos dispuestos, dijo Galeana poniéndose en pie.

—Sí, todos, gritaron los demás jefes levantándose con entusiasmo.

—No esperaba menos de la decisión de ustedes, agregó Morelos. Pero antes será conveniente concertar la manera y conocer poco más ó menos el itinerario que debemos seguir. Importa mucho para nuestro plan que nuestra marcha sea rápida, segura y victoriosa desde que salgamos del Veladero, como ha sido hasta aquí, y que una serie de triunfos nos conduzca á las orillas de México. Es indudable que el Virrey va á mandarnos á Calleja, que es su gran General y que ha sido su desempeño en el interior. Tengo deseos de que nos encontremos con él. Mas para lograrlo, necesitamos quitar los obstáculos del camino, sin abandonar por eso lo conquistado, porque sería una lástima. Tenemos aquí un pequeño Ejército, valiente y aguerrido. Si lo dejamos sitiando á Acapul-

co, las fuerzas con que emprendamos nuestra marcha serán pocas. Si lo llevamos todo, perdemos la Costa Grande, dejamos libre al enemigo de Acapulco, comprometemos á nuestros amigos y nos cortamos toda retirada. ¿Qué debemos hacer? Esto es lo que ruego á ustedes me indiquen, para ilustrarme con su opinión.

—Señor, dijo D. Hermenegildo Galeana, en mi concepto todo puede lograrse. No hay necesidad de perder ninguna de las ventajas que hemos obtenido hasta aquí: tenemos gente para todo. El grueso de nuestras tropas puede quedarse en nuestros campamentos sitiando á Acapulco y apoyando á la costa, en comunicación siempre con Zacatula, ofreciéndonos una retirada que no necesitamos, pero que es prudente conservar. Una parte pequeña de estas tropas basta para emprender la nueva campaña: mi Regimiento de Guadalupe, por ejemplo; él es suficiente para el apoyo que necesitamos y los pueblos vendrán á formar otro Ejército, como el que se formó en la costa. Eso para dirigirnos al encuentro de Calleja; que para Guevara y los demás que nos estorben, creo que nos bastamos. Además, los Sres. Bravo nos ayudarán.

—Señor, manifestó D. Leonardo Bravo poniéndose en pie. Aprovecho esta primera y solemne ocasión para dar gracias á nuestro General, en nombre mío y de mis hermanos Miguel y Víctor, por la honra que nos ha hecho nombrándonos Coronales y dándonos, así, un rango que nuestros valientes compañeros han alcanzado á fuerza de valor y heroicas hazañas. Nosotros ofrecemos hacernos dignos de tal distinción á fuerza de sacrificios, aún el de la vida, en aras de la Patria. Ahora, en cuanto al auxilio de que habla el Sr. Coronel Galeana, puede contar con él nuestro General. Hemos conservado relaciones constantes con nuestra gente de Chichihualco, de Chilpancingo, de Amojileca, de Mazatlán, de las cuadrillas de la Sierra y de Tlacotépec; y á lo sumo en tres días podremos presentar mil hombres armados en su mayor parte, bien montados y equipados. Nuestra gente no espera más que una orden para levantarse.

—Me es satisfactorio, replicó Morelos, conocer la opinión del Coronel Galeana, que ya esperaba y que es también la mía. En cuanto á las tropas de que habla el Sr. Coronel Bravo, siendo originarias de tierras templadas, nos van á ser muy útiles por allá. Ahora, denme ustedes su parecer respecto á la marcha. ¿Cuál camino será prudente elegir?

—Opino, respondió D. Miguel Bravo, porque escojamos el camino de la Sierra, el mismo que hemos traído nosotros, yendo de aquí á la Brea y de la Brea siguiendo el sendero de la montaña. Es

áspero, difícil, especialmente para el paso de los cañones; pero es más directo y, sobre todo, más oculto. Seguir el camino real por Dos Arroyos, el Peregrino y el Papagayo, hasta salir por Mazatlán sobre Chilpancingo, no ofrece peligro de enemigo alguno; pero este camino se halla lleno de haciendas, entre las que están las de los Guevaras y los Leyvas, que son contrarios, y naturalmente sus dependientes enviarán á Tixtla noticias pormenorizadas de nuestra aproximación, y eso haría que se preparasen ó que huyeran, impidiéndonos, así, apoderarnos de sus armas. Si vamos por el camino de la Sierra, no nos sentirá nadie, y cuando acuerden estaremos sobre ellos.

—Aceptado, dijo Morelos. Escogemos el camino de la Sierra. Además, no llevaremos sino dos cañones de á cuatro y «El Niño,» que pueden cargarse en mulas.

—Señor, expresó Avila levantándose, tal vez sea contrario á las leyes militares solicitar servicio; pero debe disimularse el entusiasmo. Yo pido marchar con mi batallón ó solo.

—Y nosotros pedimos lo mismo, añadieron Valdovinos y Ayala.

—Sr. Coronel Avila, señores, contestó Morelos, en eso es preciso dejarme con entera libertad; todo se dispondrá teniendo en cuenta el bien de la Nación; en donde quiera hay peligro y hay gloria. Usted, Sr. D. Julián, debe quedarse representándome en el Veladero. Tal vez sea lo de más riesgo.

—Como usted lo ordene, manifestó Avila con respeto.

—Necesitamos saber, agregó Morelos, con qué auxilios podemos contar, además de los de Chilpancingo. Que llamen al Capitán Guerrero.

Guerrero se presentó.

—Sr. Capitán, le dijo Morelos; usted, que es de Tixtla y que conoce bien aquellos pueblos, se servirá decirnos si debemos contar allí con algunos partidarios.

—Señor, respondió Guerrero, me da vergüenza confesarlo; pero en mi tierra todos son contrarios. Los únicos insurgentes que había allí somos los que estamos en este campamento: no conozco á otros. El pueblo de Tixtla no tiene la culpa, sino los pocos ricos que hay allí y, sobre todo, el Cura D. Miguel Mayol, quien predica contra nosotros todos los días.

—Ya sé, ya sé que ese famoso Cura me pinta como al demonio; se ha empeñado en confundirme con las visiones que le produce el catalán. Y no es el único; también Rodríguez Bello me presenta de igual modo en Chilapa. Ya los desengañaremos.

Y luego que se hubo retirado Guerrero, continuó Morelos:

—Ahora, para que todo quede arreglado de una vez, designaremos la fuerza que ha de marchar. Aliste usted, Coronel Galeana, su Regimiento de Guadalupe para hoy á las seis de la tarde; que las compañías que hay en la Sabana se hallen dispuestas á incorporarse á las fuerzas que salgan de aquí, á fin de continuar por los Organos hasta Texca, y que se preparen los tres cañones de que he hablado, con su parque respectivo. Señores: ha concluido la junta.

Los jefes se despidieron, y fué cada uno á dar sus determinaciones.

A las seis de la tarde avisaron á Morelos que las tropas estaban dispuestas para ponerse en camino.

Resonaba á lo lejos el sonido de los tambores.

Morelos y Avila salieron de la tienda de campaña.

Los cañones de Acapulco hacían oír sus últimos disparos.

—Son las salvas que anuncian nuestras victorias próximas, exclamó Morelos con entusiasmo.

Y mandó que le acercaran su caballo.

—Adios, Coronel, dijo á Avila antes de partir. Ya sabe usted que dejándolo en el «Paso á la Eternidad,» hago cuenta de que me quedo yo mismo.

—Señor, respondió Avila conmovido, si por desgracia llegase á usted la noticia de que El Veladero ha caído en poder del enemigo, puede usted rezar por mi alma, porque es seguro que yo seré entonces el que ha pasado á la eternidad.

Y sin poder por más tiempo contener su emoción, se arrojó en brazos de Morelos. Este lo estrechó fuertemente, y á pesar de la rigidez de su carácter, alejóse de aquel sitio con los ojos humedecidos por las lágrimas.

## CAPÍTULO II.

### LAS PRIMERAS VICTORIAS.

El camino que se extiende de Acapulco á Chilpancingo atraviesa una comarca de clima algo molesto y cálido, pero de vegetación lujosa y exuberante. La naturaleza ha concedido una sonrisa benevolente á esos terrenos afortunados del Sur de México, los cuales, vistos desde lo alto de las montañas que los dominan, hechizan el espíritu y proporcionan constantemente á la mirada deliciosos